



**AFROAMÉRICA MÉXICO, A.C.**

*La Tercera Raíz*

Luz María Martínez Montiel

Presidente

*Los buques negreros transportaron con los hombres, mujeres y niños africanos, sus dioses, creencias y tradiciones, que configuraron*

**LA TERCERA RAÍZ DE AMÉRICA**

## LA HORA DEL NEGRISMO<sup>1</sup>

**Jorge María Ruscalleda Bercedóniz**

La crítica, en general, por distintas razones que no vienen ahora al caso, ha fallado en establecer el preciso lugar que ocupa el vate Luis Palés Matos en los inicios del Negrismo poético vanguardista de Hispanoamérica. Posiblemente, sus compañeros de generación se hallaron sin suficiente perspectiva histórica para encuadrarlo en el lugar que le corresponde, entre los grandes cultivadores de este modo de decir poético. Muchos de sus comentaristas posteriores han minimizado la trascendencia del asunto o no lo han abordado.

Pero, el hecho es que, entre los elementos que deciden la importancia de este poeta en las letras de la lengua española, su apertura y consecuente cultivo brillante del tema negro de raíz antillana es uno de los puntales sobre los que descansa su grandeza artística. No es un detalle baladí que el mayor genio expositor de un orbe lírico caribeño basado en la negritud y el mulataje, haya sido quien lo inició y le imprimió un dinámico seguimiento prácticamente a lo largo de toda su vida creadora. Baste recordar que, ese arco de enfrentamiento al tema de nuestro interés, se remonta a la plasmación de “Danzarina africana” (1917-18) y se extiende formalmente hasta la “Plena del menéalo” (1953). Como Palés Matos muere en 1959 y pudiera decirse que, hasta su último momento, “rumió” —así le habría gustado a él decir— el motivo que lo apasionaba, según se adivina en los poemas publicados en esos años y en los apuntes que dejó inéditos, podemos señalar que se trata de un ejercicio de alrededor de cuarenta años.

Resulta suficiente recordar —en este momento preciso del nacimiento del Negrismo poético de la América nuestra— a quienes abrieron paso a una corriente que fue cobrando cuerpo en sus propias obras y en las de otros seguidores, para convencernos de la singular inauguración negrista, patente en la obra del vate puertorriqueño. La cronología



relativa a los tres primeros forjadores de esta dimensión lírica, es la siguiente: Luis Palés Matos con “Danzarina africana” (1917-1918), “Pueblo de negros” (1921), “Esta noche he pasado” (1921), “Pueblo negro”, “África” (1926); “Danza negra” (1926); Alfonso Camín Meana (asturiano radicado en Cuba y, luego, en México) con “Elogio de la negra” (1926) y “Damasajova” (1926), y el uruguayo Ildelfonso Pereda Valdés con “La guitarra de los negros” (1926) y “Los tambores de los negros” (1926).

Naturalmente que, en los casos de Camín y Pereda Valdés —sobre todo en el primero— habría que investigar más a fondo si sus poemas aparecieron antes en la prensa, como alegó más tarde. Ello, sin embargo, no alteraría en nada la cronología palesiana, puesto que el español aduce que dio a la estampa pública los ya mencionados poemas en 1925, junto a otro titulado “La negra Panchita”. De todas formas, esos versos, aunque pertinentes, están absolutamente lastrados por una sensibilidad romántico-modernista que no vamos a discutir en este trabajo, ya que ese análisis lo hemos realizado en un estudio todavía inédito: “Alfonso Camín” o el anacronismo oportuno”. Con respecto al

<sup>1</sup> Texto tomado del libro *Luis Palés Matos en la hora del negrismo*, publicado en Puerto Rico en 2005.



uruguayo Pereda Valdés, ni él ni nadie ha reclamado ninguna postura dentro del Negrismo que no sea la ya otorgada por la crítica más alerta de este movimiento. Además de que, si bien es cierto que sus dos poemas indicados tienen una importancia fundamental, ésta es más de naturaleza histórica, sin que con ello se quiera desmerecer el valor intrínseco que poseen como expresión poética de vanguardia relativa a los negros; sobre todo, del mundo rioplatense. Aparte de aquellas aportaciones incluidas en el libro *La guitarra de los negros* (1926), tres años después añade otros nueve textos distintos en la obra *Raza negra* (1929). De aquí en adelante su gestión se canalizó a través de la ensayística histórica, sociológica y literaria, que puso de relieve la presencia de los negros uruguayo-argentinos en la cultura del Sur.

La trascendencia de Luis Palés Matos como exponente de la poesía que tiene en la sustancia las raíces de las culturas africanas en la configuración del hombre caribeño, es harto conocida y respetada. Nadie ha valorado nunca a Camín o a Pereda Valdés sobre el boricua. Éste, simplemente, es superior como poeta.

Ahora bien, aparte de la primacía de Palés Matos dentro del Negrismo, se ha esgrimido un supuesto carácter “escapista”, “fantaseador” o “soñador” de éste en su desempeño como intérprete de la negritud. Por esta vía se ha puesto en tela de juicio la legitimidad puertorriqueña de su acercamiento a nuestra herencia de “ébano” que, en gran medida, nos define. Sin que queramos negar el hecho de que nuestro poeta fue un lector voraz y que uno de sus más valiosos atributos como artista fue la capacidad imaginativa, no es menos cierto que el corazón de *toda* su obra es eminentemente de sustancia propia. Lo que sucede es que aquel profundo nacionalismo, pese a su origen provinciano, no era chauvinista ni nada por el estilo. Buena parte de esa crítica, asediada por el patriotismo de campanario, se embarcó en la tesis de la defensa de una supuesta creación lírica de Palés Matos

basada en entelequias, modelos o patrones ajenos a nuestra realidad. Estamos convencidos de que eso fue y es un error mayúsculo. El despiste posiblemente parta del carácter aristocratizante del pensamiento prevaleciente en la generación expositora de aquella postura.

Ya nadie niega en Puerto Rico que la ideología imperante en la Generación del Treinta sostenía muy abiertamente postulados racistas, al menos a través de una de sus figuras claves. En otras, las actitudes eran veladas. Éste fue el caso claro ante el Negrismo palesiano. Después de todo, en un país donde la oficialidad colonial hacía alardes de que éramos la Antilla más blanca, no faltaron voces ofendidas con el atrevimiento de Palés Matos, quien no solamente hizo la poesía sobre los negros, en medio del blanquismo jibarista entonces en boga —y que se designaba como depositario del “alma” eterna del país—, sino que polemizó y defendió en la prensa la herencia negra y el carácter mulato de nuestra caribeñidad. Los autores más reaccionarios de la época no tuvieron ningún empacho en articular sus puntos de vista sobre el tema.

Lo que enfermaba a aquella élite burguesa era que la osadía palesiana se escapaba de sus manos. En un momento dado, su tarea ya no se limitaba a recordar nostálgicamente a las negras que habían acunado y criado a los hijos de los antiguos hacendados venidos a menos o a los descendientes de los profesionales, comerciantes, empresarios u hombres de finanzas que regenteaban el poder político y social dentro del nuevo orden, inaugurado a partir del 98. La verdad era que las reformas civiles y las brisas de populismo que se estilaban en el ambiente tuvieron como meta al campesino. Los negros apenas ocuparon espacio dentro de aquellas transformaciones coloniales, que enfilaban sus metas al “jincho” de tierra adentro, como se decía.

En estas circunstancias, la gestión de Palés Matos en el ámbito artístico puertorriqueño tiene un mérito absolutamente revolucionario, puesto que alteraba, en su raíz, el orden estético prevaleciente. Los valores literarios, con sus conceptos de belleza, sufrieron un trastrueque total, lo que hacía insufrible su arte para las sensibilidades tradicionalistas. Ante su talento innegable, se vieron en la obligación de reconocer, por lo menos, la maestría técnica, obviando su radical orgullo nacional y la función liberadora de tal mensaje. 📖

---

**Jorge María Ruscalleda Bercedóniz** (Aguadilla, Puerto Rico, 1944). Intelectual puertorriqueño. Obtuvo el Bachillerato en Artes de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Puerto Rico, en 1966. Recibió la Maestría en Artes del Departamento de Estudios Hispánicos de la Facultad de Humanidades de la misma universidad en 1972. Fue investido con el Doctorado en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1988. Laboró en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Facultad de Artes y Ciencias del Recinto de Mayagüez de la Universidad de Puerto Rico desde el verano de 1969 hasta su jubilación, en 2005, alcanzando el rango de Catedrático. Es autor de una vasta obra literaria, en la que destaca el presente libro, publicado en 2005.